



Se levanta todas las noches a rezar, a las cuatro y media de la mañana.

GABRIEL GUARDA

Unir y no dividir

- Monje benedictino, arquitecto y profesor –mal alumno y “palomilla” converso–, rompe por primera vez su silencio
- “El Espíritu Santo conduce a la Iglesia en medio de los signos más contradictorios. No nos asustemos”

En la cumbre del cerro se alza, imponente, el monasterio benedictino. Desde su interior se escucha la melodía que brota del órgano, acompañada por las voces de los monjes que elevan sus himnos de gloria al Señor.

Paz, tranquilidad, invitación al silencio. La mirada se pierde a lo largo de la ladera –en un día en que la luminosidad hiere la retina–, en tanto el corazón pareciera acelerar su marcha en momentos de extraña emoción.

Allí falta bullicio, civilización, mercadería, polémica, y sobra todo aquello que el ser humano añora y que no siempre se da

el tiempo de buscar. Allí convive un grupo de hombres cuya finalidad es amar a Cristo y aliviar a sus hermanos en la pena, en el dolor, en la incertidumbre que les agobia.

Y allí encontramos a Fernando Guarda –padre Gabriel Guarda, en la Congregación– arquitecto, subprior del monasterio benedictino, director adjunto del Museo de Valdivia y profesor de historia de la Iglesia urbana de Chile en la Escuela de Arquitectura de la Universidad Católica.

Un hombre muy humano y a la vez sobrenatural. En cuya personalidad se entrelazan el amor por las bellas artes, la cultura y la estética, como también el cultivo de la

oración, el ascetismo y el apostolado. Con una sensibilidad a flor de piel, no permanece inmutable ante ninguna realidad o acontecimiento del mundo que lo rodea. Sin embargo, siempre ha optado por el silencio.

–Es así como predicamos los monjes –asegura– con el silencio y no con la publicidad.

Esta es la primera entrevista que concede. Nunca antes había querido hacerlo. Y es que se cumplen mil quinientos años del nacimiento de San Benito, fundador de la Orden benedictina. Razón poderosa para romper el silencio.

Aparece, no obstante, ante el periodista, como un niño indefenso. No sabe exactamente qué quiere decir y qué no. Por momentos interrumpe el relato y sugiere: "Esta edición va a haber que requisarla, antes que circule..." Ambos reímos. No es difícil adivinar su inquietud. Mal que mal, conceder una entrevista a los 52 años, cuando no se había hecho antes ni se pensaba hacer después, no deja de ser un tanto comprometedor.

En todo caso, se muestra más bien suelto al referirse a aspectos personales de su vida. Es en la contingencia donde tiene más dificultades para definir el límite de lo prudente, y de lo que es conveniente decir o callar.

Guiado por un santo

De origen valdiviano, su familia era algo así como un clan que giraba en torno a un tótem: la abuela paterna, "una mujer sabia e inteligente, que nos enseñaba a rezar".

Con una hipersensibilidad a toda prueba, durante su etapa escolar fue un perfecto desastre. Las continuas repeticiones de curso —debidas en gran medida a que durante las clases, en vez de copiar la materia, dibujaba casas, palacios y otras exquisiteces arquitectónicas— lo llevaron a culminar en un internado, donde lloraba de pena, de rabia y de soledad.

—Si hubiera habido un anexo en la penitenciaría, para niños sin vuelta, allí habría estado yo —recuerda, con cierto aire trágico—.

El rigor y las sanciones fueron sus más crueles aliados de infancia. "Los padres suelen tener una visión adocenada, no captan la sensibilidad de sus hijos."

Pero, como el sol que sigue a la tormenta, el sufrimiento y la incompreensión se trocaron de pronto en satisfacción y felicidad. Junto con ingresar a arquitectura (en la Universidad Católica), el "monstruito" de antaño comienza a obtener sólo notas sobresalientes: "la arquitectura ha sido, para mí, una fiesta de principio a fin".

Viento en popa iba la carrera, cuando de pronto se vio aquejado por una pleuresía. Los seis meses de obligado reposo médico le llevaron a perder el año. Al repetir de curso, tuvo por compañero a Mariano Puga (hoy sacerdote), de quien se hizo íntimo amigo.

—El es, en el fondo, el causante de mi vocación —cuenta, en tanto añade con picardía: "con todo lo loco que pueda aparecer, Manano es un santo".

Entre las mil inquietudes que ambos compartían —conciertos, bailes, estudio, "palomilladas"— también compartieron su interés por descubrir a Cristo. De los muchos hechos pintorescos que vivieron juntos, quizá si el más digno de contarse

sea cuando, en un gesto de generosidad, le daban los pocos pesos que tenían a los "pelusas" que merodeaban en el puente del Arzobispo, los mismos que, en otras ocasiones, les prestaban dinero a ellos, cuando se les acababa.

—Fue Manano, finalmente, el que me sacó de las mil leseras en que andaba metido (Valparaíso 1951). Esa fue conversión: de la máxima frivolidad a mi encuentro definitivo con el Señor.

Luego de un viaje a España, por el lapso



José Cifuentes

Un monasterio en el que no hay paz, no es un monasterio.

de tres años, en el cual fue a estudiar historia, se recibió de arquitecto y poco después ingresaba de monje benedictino. Había conocido el monasterio un tiempo antes, cuando fuera "oblato", y tuviera como director espiritual al padre Odón.

—Manano, entretanto —asocia— había entrado al Seminario.

Hoy día, el muchacho frívolo de antaño se levanta, a orar, a las cuatro y media de la mañana. Faltando veinte minutos para las seis reza los "laudes" y a las siete conce-

lebra la misa cantada. Trabaja en sus estudios, atiende a los novicios y a la juventud —en dirección espiritual— y a las doce un cuarto de la mañana detiene su actividad para hacer la oración meridiana. Después del almuerzo reza las "nonas" y a las seis de la tarde suspende sus clases para orar nuevamente (las "visperas").

—¿Qué piensa un monje que fundamenta su vida en la contemplación, de un sacerdote que la sustenta en la acción?

—No vaya a pensarse que nosotros estamos como en posición de loto —sonríe—. Acción y contemplación no tienen por qué estar reñidas. Nosotros aquí no paramos de hacer cosas: atender gente, contestar correspondencia, etcétera. Lo que sí nos ayuda mucho en la oración es la vida de comunidad.

"Por otra parte —afirma— aquí vienen muchos párrocos y sacerdotes de vida activa, a rezar. No conozco a los curas a los cuales la gente critica. Lo que yo aquí veo son sacerdotes que rezan, ¿está contestada la pregunta?"

Por ser suya la respuesta, claro que está contestada. El jamás respondería de otra forma. El abrir los brazos en señal de amistad es un gesto muy benedictino. Aunar voluntades y no sembrar la división en el rebaño es algo tan inherente a ellos como el agua es al pescado. Pax es el lema de la orden. ("Eso debemos entregar al mundo, y eso entregó Cristo").

Juicio ponderado

Sin ánimo de insistir, pero sí en la búsqueda de una luz que pueda iluminar el ensombrecido trayecto hacia la Verdad, el que para algunos está resultando día a día más difícil, ERCILLA le plantea el hecho de la confusa —y desconcertante para muchos— realidad que hoy se advierte en la Iglesia católica chilena.

—¿Cuál es, a su juicio, la posición más equilibrada que un católico puede asumir en tales circunstancias?

—En la historia de la Iglesia siempre ha habido conflictos. Conflictos que han durado un siglo y que luego se tratan en una página de un libro. No nos asustemos. El Espíritu Santo conduce a la Iglesia en medio de los signos más contradictorios. Y el Espíritu Santo siempre triunfa. Recuerde: "las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella".

"Y recuerden también —añade— que los hombres somos débiles. Pedro negó a Cristo tres veces. No nos desesperemos. Yo tranquilizo a los intranquilos. Esa es la respuesta de paz. Un monasterio sin paz no es monasterio.

—La última pregunta en el terreno de lo contingente, padre: la jerarquía eclesial emitió un pronunciamiento respecto de la convocación a plebiscito por parte de las autoridades de gobierno, ¿Qué opi-

TODOS SE FIJAN EN SU ALFOMBRA

y en las manchas...

LAVADO MECANIZADO
MURO A MURO
SIN MOVERLAS
DE SU SITIO.
SIN MOJARLAS
NI DAÑARLAS.
SECAS EN 1 HORA.

SUeltas
RETIRAMOS
Y ENTREGAMOS

SISTEMA
DRY FOAM



UN SERVICIO REALIZADO CON LA
EFICIENTE Y PROBADA TECNOLOGIA DE



EQUIPOS DE ASEO

PRODUCTOS QUIMICOS

seasin®

LAS HORTENSIAS 2425
Fono 235149 - PROVIDENCIA
QUINTA 124 of. H
Fono 81902 - VIÑA DEL MAR

nión le mereció su contenido?

Piensa unos instantes. No es un tema del cual le guste hablar, sin duda, aun cuando las exigencias del periodismo obliguen a formularse. Meditando cada una de sus palabras, expresa:

—Haciendo un juicio ponderado, en el pronunciamiento de los obispos hubo ponderación, y una apreciación bastante acertada con respecto a las condiciones para desarrollar esa consulta. Debo decirle, sin embargo, que nosotros nunca tratamos estos temas, por un acuerdo comunitario —recomendado por nuestro Superior— porque la diversidad de opiniones en materias contingentes, lo cual es perfectamente legítimo tener, podría producir una fisura en la caridad fraterna, que es el tesoro más grande de una comunidad.

“El Congreso es una primavera”

—A propósito de comunidad, ¿por qué razón no hay en Chile una comunidad de mujeres benedictinas?

—Le contaré una primicia: tenemos pensado abrir este año un monasterio de monjas benedictinas. Estamos recién eligiendo el lugar.

Pasando a un tema bien distinto, ERCILLA le pregunta cuál es su opinión respecto del Congreso Eucarístico, que se está realizando en nuestro país.

—Creo que tiene la más grande de las trascendencias. Es un fuerte llamado que nos hace Dios. Es un período en el cual quienes no tienen fe suelen llegar a conocer a Cristo, y quienes lo conocen aprenden a intimar con él. Es una gran primavera para muchos.

—¿Y cómo interpreta la postura de quienes han pretendido descalificar la validez y el sentido de este Congreso?

—Pienso que es absolutamente natural y legítimo que haya disparidad de opiniones en cualquier orden de cosas; sin embargo, una vez más creo que el Espíritu Santo es más fuerte que cualquier cosa.

—Sin embargo, hay muchos, padre, que parecen resentidos con el Espíritu Santo. Afirman que no está “soplando” a pulmón lleno...

—Qué quiere que le diga. Yo veo un mundo de juventud extraordinaria. Es gente que no hace noticia, no tiene actuación pública ni bancaria ni nada. Pero son santos. No tengo una visión trágica al respecto. Hay mucha gente en cuyas almas sopla el Espíritu Santo.

ERCILLA, cambia bruscamente de tema para preguntarle acerca de la reciente elección del Premio Nacional de Historia.

—El premio acaba de ser otorgado, con general beneplácito, a don Néstor Meza, autoridad de prestigio internacional y

maestro de generaciones de profesores de historia.

Le mencionamos el hecho de su propia candidatura, la que fuera presentada por la Academia de la Historia.

Sonríe. Levanta los hombros como diciendo “a mí que me registren”, y luego de sugerirnos que nos “saltemos esta cuestión”, contesta ante nuestra negativa para cambiar de tema:

—Si quiere que le diga la verdad, no entra en mi cosmovisión obtener premios nacionales. Yo me saqué el Premio Nacional cuando entré al monasterio. Estas farrras de Espiritu Santo que me pego son el Premio Nacional más gratificante de la tierra.

—¿Qué es lo que más le horroriza del mundo que lo rodea?

—El poder del demonio, el Príncipe de las Potestades Aéreas. La mentira internacional y la mentira personal. La locura del dinero ¡Qué veleidad del mundo!

—Imagínes que le solicitan a usted enviarle un corto, pero significativo mensaje a algunas personas que le voy a nombrar.

¿Qué le diría a:

S.S. Juan Pablo II: ¡adelante!

Jimmy Carter: ¡atrás!

Fidel Castro: no puedo decirle algo a alguien de quien me siento completamente desidentificado.

Pinochet: ¡acuérdesse de Valdivia!

Cardenal Silva Henríquez: gracias por la ayuda que me ha prestado en la investigación histórica.

Don Francisco: toda obra buena es grata a Dios.

—¿Hay algo, padre, que no le haya preguntado y de lo cual le hubiese gustado hablar?

—Diría algo terrible: Cristo fustigó a los fariseos por este monopolio técnico de la excesiva reglamentación. En estos momentos nos sobran documentos (Puebla, Medellín, etcétera., muy valiosos, por cierto) que han pasado a ser del dominio de nosotros por sobre los inocentes seglares y almas fieles normales. Creo, insisto, que hay un exceso de directivas y documentos. No caigamos nosotros en esa suerte de fariseísmo, como si fuésemos los únicos dueños de los caminos que llevan a Cristo. Vivamos el Evangelio, y eso será nuestro mejor testimonio.

—¿Querria implicar esto que hay, a su juicio, un rebrote del clericalismo?

—El clericalismo es una realidad constante de la Iglesia. No nos podemos quejar. Es una ley histórica.

Su única preocupación, al despedimos, es no haber ofendido a nadie, con sus palabras. “Que uno lo haga, *malgré lui*, es otra cosa — advierte — pero jamás, con la intención de hacerlo. No herir, sí, pero no por ello “dejar de ser verdadero y libre”.

Rosario Guzmán E. ■